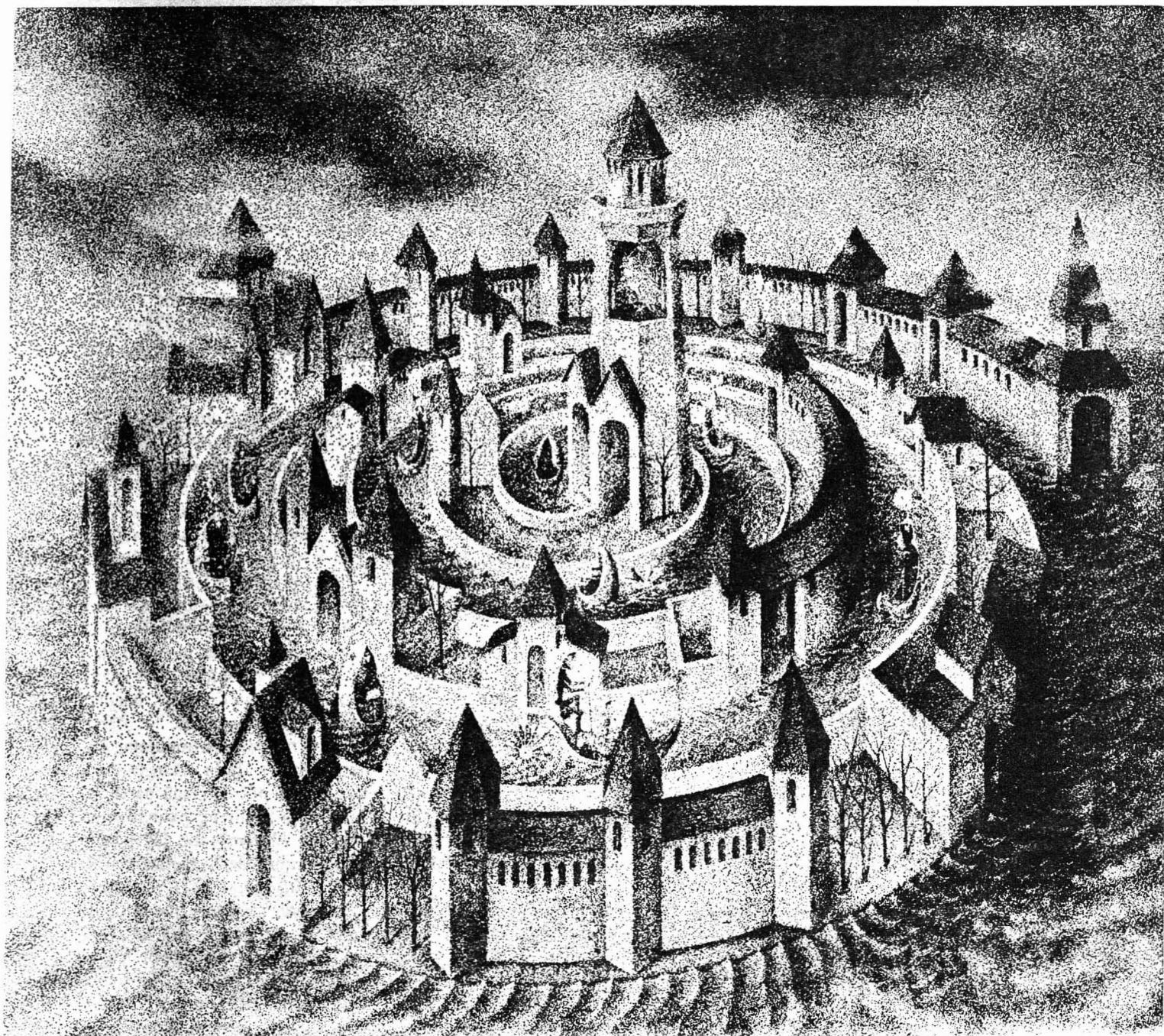


JUVENTUD Y FILOSOFIA*

José Gaos



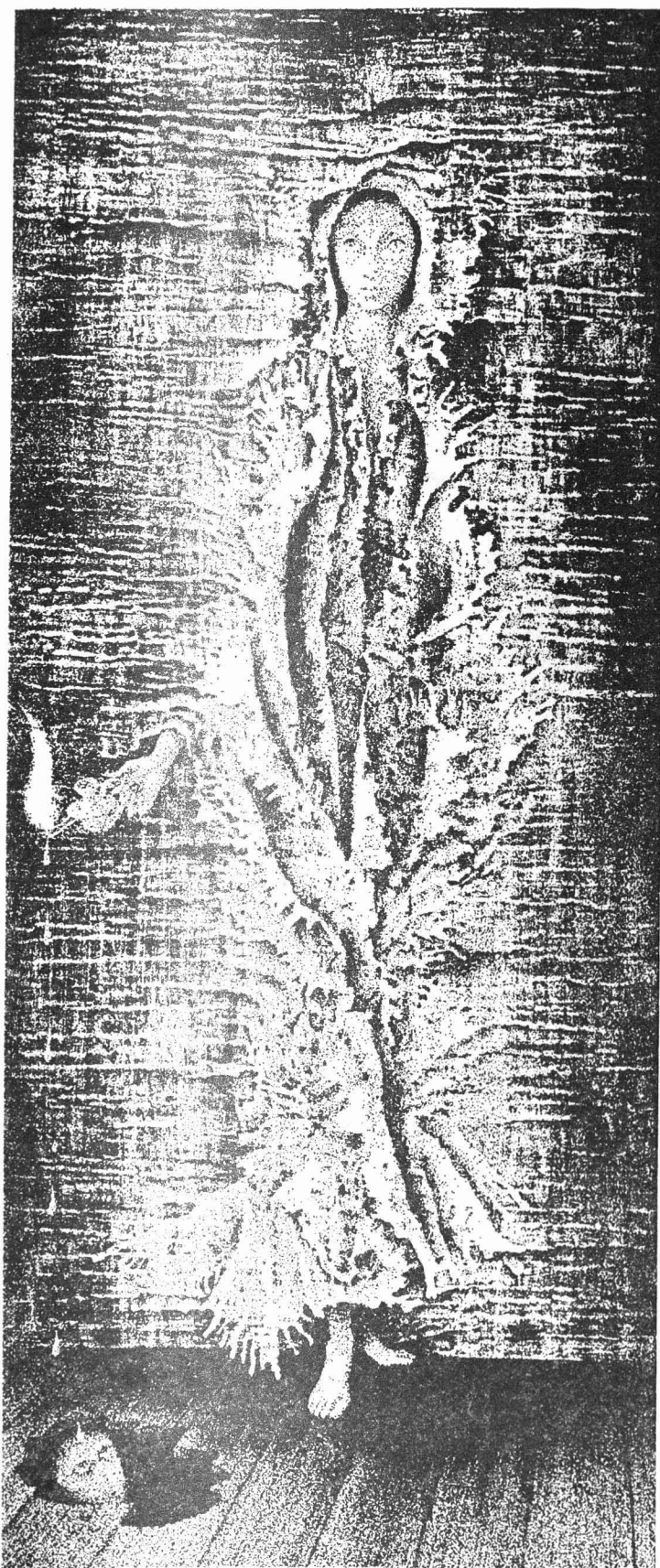
* En 1942 un grupo de jóvenes universitarios pidió a Gaos un texto con este tema, para la revista *Tierra Nueva*, en cuyo número 13-14 (año III, ene.-abr. 1942) fue publicado, a páginas 3-18.

Una revista de jóvenes que le pide un artículo a un profesor de filosofía le sugiere inmediatamente el tema: las relaciones entre la juventud y la filosofía. Pero el tema suscita no menos inmediatamente un reparo: ¿es que hay ni puede haber entre la juventud y la filosofía unas relaciones especiales? Porque de unas relaciones especiales se trata, y no de las que la juventud, como otra cosa cualquiera, tiene seguramente con la filosofía, ciencia de todas las cosas y otras muchas más.

Desde luego, hay una psicología de la juventud. Pero la psicología no es para muchos filosofía. Sin embargo, ahondando en la psicología de la juventud, ¿no se llegaría a la filosofía? La filosofía parece tener que ver con lo fundamental y liminar. Pero la juventud ¿será tan profunda? O por el contrario ¿tendrá límites? En todo caso, parece poder ser *objeto* de la filosofía. Una filosofía de la juventud, en este sentido "objetivo", de filosofía sobre la juventud, no parece menos posible que una filosofía de cualquier otra cosa, la cual es al parecer muy posible. La filosofía de la naturaleza, la filosofía del espíritu, la filosofía de la matemática, la filosofía del lenguaje, la filosofía de la religión, la filosofía del arte, la filosofía de la historia del arte, la filosofía de la ciencia del arte, la filosofía de la historia, de la cultura, de la sociedad, de la economía, del derecho, la filosofía de la filosofía, no van, las pobres solas, como los gallegos del cuento —gracias a los alemanes: gracias a éstos hay hasta, por ejemplo, una filosofía de la moda o una filosofía de la coquetería. Pero al pensar en las relaciones especiales entre la juventud y la filosofía, no se piensa precisamente en esta relación "objetiva", sino más bien en una relación "subjetiva": en la juventud como *sujeto* especial de la filosofía, o en ésta como especialmente propia de la juventud, como "cosa de" la juventud. Mas en esta relación hay que distinguir. ¿Se trata de una filosofía de la juventud, en el sentido de una filosofía privativa de la edad juvenil, a diferencia de las demás edades de la vida, a las que serían peculiares otras filosofías? ¿O de que la filosofía sería cosa de la edad juvenil más que de las otras edades de la vida, si no con exclusión de éstas? En este caso, lo propio preferentemente, si no lo exclusivo de la juventud, ¿es la filosofía en el sentido pleno de la expresión, la creación filosófica, o siquiera la vocación filosófica, o menos aún, simplemente una afición pasajera por la filosofía, o una predisposición temporal asimismo para ella, o ser una edad en la que se debe adquirir una cierta formación filosófica, aun sin afición ni predisposición especial?

Una de estas posibilidades parece deber ser descartada desde el primer momento. La creación filosófica no parece ser cosa precisamente de la juventud. Grandes filósofos que ya

por los treinta años habían publicado su obra maestra o una obra decisiva: Berkeley (n. 1685; *Principios*, 1710) y Hume (n. 1711; *Tratado*, 1739-40), Schopenhauer (n. 1788; *El mundo*, 1819) y Bergson (n. 1859; *Ensayo*, 1888), pero antes que todos el niño prodigio de la filosofía, Schelling (n. 1775; *Ideas para una filosofía de la naturaleza*, 1797; *Sistema del idealismo trascendental*, 1800; *Exposición de mi sistema de filosofía*, 1801; *Filosofía y religión*, 1804; entre los veinte y los treinta había llegado al cuarto de los cinco periodos que se han distinguido en su filosofar). Grandes filósofos cuya obra capital o una primera obra de particular importancia es elaborada esencialmente después de los treinta, pero antes de los cuarenta: Descartes (n. 1596; 1628-9, primeras meditaciones metafísicas, que vinieron a ser publicadas sólo en 1641), Spinoza (n. 1632; redacción de la *Ética* de 1661 a 1674), Malebranche (n. 1638; *Busca de la verdad*, 1674-5), Fichte (n. 1762; *Teoría de la ciencia* de 1794, pero en 1792 estaba todavía en la *Crítica de toda revelación*), Hegel (n. 1770; en 1801, todavía en la *Diferencia entre los sistemas de Fichte y de Schelling*, pero *Fenomenología*, 1806), Comte (n. 1798; *Curso*, 1830-42); Brentano (n. 1838; tomo I de la *Psicología*, 1874), Scheler (n. 1875; en 1900 *El método trascendental y el psicológico*, pero en 1913 la *Ética*), Heidegger (n. 1889; en 1916 *La doctrina de las categorías y significaciones de Duns Escoto*, pero en 1927 *Ser y tiempo*). Grandes filósofos cuya filosofía o literatura filosófica original e influyente en la historia es decididamente posterior a los cuarenta: Platón (obras maestras, en que por primera vez pasa de recordar la figura de su maestro, rebasa esencialmente el ámbito del filosofar ético y lógico de Sócrates y expone una teoría personal, a partir de los cuarenta; obras en que revisa y ahonda, si es que no altera, el sistema de la edad madura, obras de vejez, hasta de la extrema), Aristóteles (partes más antiguas de las obras filosóficamente más importantes que no parecen remontar en conjunto más arriba de los últimos tiempos de la estancia en la Academia, o sea de los treinta y tantos años; buena parte, procedente del último periodo de la vida, a partir aproximadamente de los cincuenta; una obra como el *Eudemo*, de las primeras, toda sustentada aún de fiel platonismo, de la treintena), Locke (n. el mismo año que Spinoza; *Ensayo*, 1690), Leibniz (obra filosófica posterior a los cuarenta, mientras que el descubrimiento del cálculo infinitesimal es anterior a esta edad en una decena), Kant (iniciación del periodo crítico por los cuarenta y cinco, aparición de la *Razón pura* cuando el filósofo tiene cincuenta y siete años), Dilthey (n. 1833; tomo I de la *Introducción a las ciencias del espíritu*, 1883; obra filosófica posterior),



Husserl (n. el mismo año que Bergson; 1a. edición de las *Investigaciones*, 1900; en 1891 aún la *Filosofía de la aritmética*). Estos datos parecen concluyentes. La creación filosófica sólo ha sido cosa de la juventud en casos excepcionales que no son los mayores. En los más de los casos y en los mayores, ha sido cosa de la madurez y aun de la senectud. No parece que se deba considerar la edad juvenil prolongada más allá de los treinta. La división de las edades de la vida y la sucesión de las generaciones con arreglo al módulo de los quince años parece fundada en la naturaleza de las cosas humanas, últimamente en el hecho enunciado ya por la sentencia de Heráclito: "el hombre puede ser abuelo a los treinta años".¹ Edad pueril, hasta los 15; juvenil, de los 15 a los 30; madura, de los 30 a los 45 o los 60; propecta, senil, desde los 45 o los 60.

La vocación filosófica sí sería cosa de la edad juvenil. Es notoria la significación para este punto de los casos de Schelling, Berkeley y Hume, Schopenhauer y Bergson. Platón entra a los veinte en relación con Sócrates y se decide a seguirle, deshaciéndose de sus obras poéticas y ligas políticas. Aristóteles entra a los diecisiete en la Academia y se destaca en ella. Descartes piensa hacia los veinticuatro que no puede hacer nada mejor que emplear toda su vida en cultivar su razón y adelantar tanto como pueda en el conocimiento de la verdad. Malebranche lee a los veintiséis el cartesiano *Tratado del hombre* que decide su vocación. Leibniz ha dejado noticia de que a los catorce se paseaba disputando para sí la cuestión de las formas sustanciales. La vocación filosófica de Kant puede datarse de sus estudios universitarios, que terminaron a los veintidós. De la juvenil vocación y genialidad de Brentano dan testimonio las vívidas *Erinnerungen* de Stumpf, discípulo de aquél en los comienzos de su docencia, en Wurzburg. Las fechas de las primeras obras de Scheler y Heidegger han quedado consignadas. Es de añadir como un documento de singular significación, el poema de Parménides; éste se presenta en la introducción conducido de joven a la morada de la diosa que le revela los caminos de la verdad, del error y de las opiniones; alegoría de la vocación filosófica, y aun de la creación filosófica en este caso, como experiencia vital de la edad juvenil.² Las excepciones serían ahora las vocaciones filosóficas destacándose relativamente tarde de otras más o menos afines: en Spinoza quizá y Fichte y Hegel, de la teológica; en Dilthey, de la teológica y más auténticamente de la histórica; en Husserl, de la matemática; acaso en Locke y en Comte, de la vocación no sólo teórica sino práctica por las cuestiones políticas y sociales.

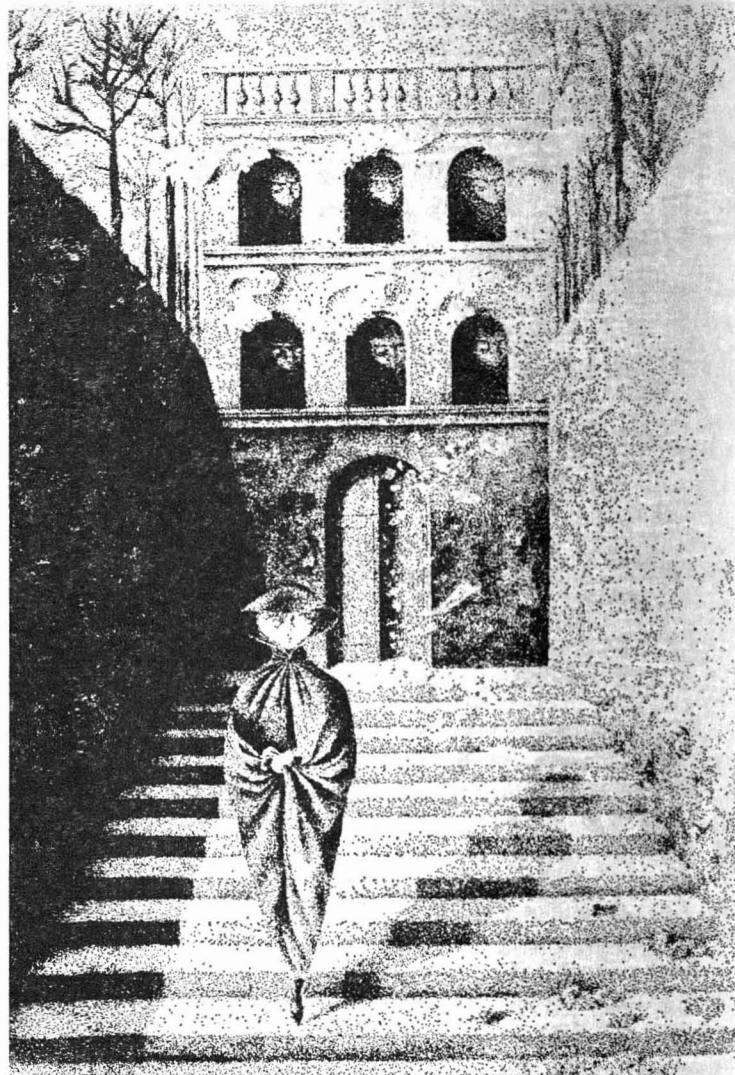
Pero los dos resultados anteriores parecen insignificativos. Las vocaciones son en general cosa de la juventud: la vida no

puede dejar de organizarse en general desde la juventud a base de una profesión. La creación es no menos en general cosa de la madurez para arriba: requiere en general no sólo unas dotes nativas, sino una formación, un trabajo, una experiencia que no pueden alcanzarse sino con el tiempo.

Una predisposición, en el sentido de una aptitud especial de la juventud para la filosofía ha sido afirmada más o menos directamente por algunos filósofos, antes de ser reconocida y examinada por la psicología de la edad juvenil. "De los veinte a los veintiocho años, muchos de ellos —los jóvenes— piensan; su espíritu nuevo y libre aún, puede prendarse de las ideas generales. No teniendo ni oficio ni casa que administrar, ni preocupaciones de dinero, ni preocupación por los puestos, se entregan a la lógica y no se cuidan más que de la verdad" (Taine). "La filosofía tal como yo la entiendo, exige mantenerse constantemente en la disposición de espíritu en que estáis —los estudiantes— en la Universidad, que no se retroceda jamás ante el estudio de un objeto nuevo ni siquiera de una nueva ciencia. Para mí, el filósofo es ante todo un hombre que está siempre pronto, cualquiera que sea su edad, a volver a hacerse estudiante" (Bergson). El punto de coincidencia entre ambos salta a la vista. La afición sigue frecuentemente a la aptitud. La "predisposición para" significa, además de la aptitud, la predisposición favorable hacia algo. Pero como quiera que sea de estas relaciones, parece relativamente frecuente una afición juvenil, pasajera, por la filosofía, como la afición por escribir, principalmente versos o cartas.³

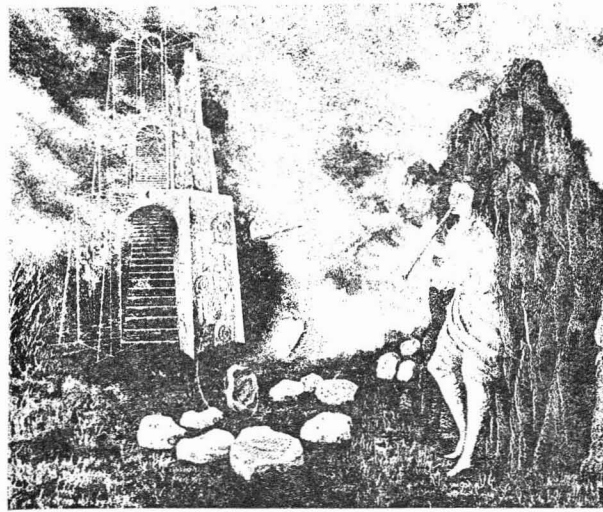
El adquirir en la juventud una cierta formación filosófica no es nada especial por lo que se refiere a la juventud, sino por lo que se refiere a la filosofía. ¿Debe adquirirse una formación filosófica?... La formación en general se adquiere en la juventud.

Calicles expone tan donosa como perfectamente algunas de las anteriores relaciones entre la juventud y la filosofía —y entre ésta y la edad madura. En la juventud es la filosofía signo del "hombre digno", capaz de acciones bellas y grandes, y está bien en tanto contribuye a la educación. Pero más allá de la juventud "es la perdición de los hombres": los vuelve ignorantes de las cosas que debe saber el hombre "cabal y considerado", "de todas las cosas humanas". Armonía entre la juventud y la filosofía y desarmonía entre ésta y la madurez. Razones de ser de esta armonía y desarmonía que constituyen un antecedente clásico de las de la predisposición afirmada por Taine y la "indisposición" especial para la filosofía y falta de afición por ella en las demás edades que supone correlativamente la afirmación —y que no deja de estar expresa en el



resto del texto de Taine: la juventud ignora muchas cosas de la vida. . . Pero a pesar de esto la filosofía educa.⁴ La desarmonía entre la edad madura y la filosofía no ha dejado de ser sentida por las gentes hasta nuestros días. A muchos les parece la filosofía un eminente pensar en las musarañas, inconsonante con la seriedad de las cosas a que deben atender y que en general debieran tener las personas mayores y responsables.

En suma, de todas las relaciones "subjetivas" entre la juventud y la filosofía, una sola resulta efectiva, al parecer: la especial predisposición de la juventud para la filosofía, en el doble



sentido de la aptitud y de la afición, y la armonía entre ambas en que la predisposición estriba.

Pero queda aún la filosofía de la juventud como una filosofía privativa de esta edad, a diferencia de las eventuales filosofías peculiares de las demás. Ya las relaciones recorridas acarrearon de hecho la generalización de las demás edades de la vida. La creación filosófica resultó cosa de la madurez y edades aun posteriores. La especial predisposición de la juventud para la filosofía estribaba en una armonía entre ambas, correlativa de una desarmonía entre la filosofía y las edades subsiguientes. La relación sobre la que se acaba de volver induce decisivamente a la generalización. ¿Tienen las sucesivas edades de la vida sendas filosofías?

Se ve al punto que se trata de un sentido muy amplio del término "filosofía". La respuesta depende, pues, juntamente del estudio de las edades de la vida y de lo que se entienda que la filosofía sea. Es de advertir acto seguido que de las mismas dos cosas depende la otra relación "subjetiva" entre juventud y filosofía que resultó efectiva: la predisposición y la armonía en que estribaba. No parece infundado conjeturar que entre ambas relaciones haya a su vez alguna: la filosofía peculiar de cada edad podría ser o dar de sí la razón de la armonía o desarmonía de la edad con la filosofía. En todo caso las conclusiones sobre ambas relaciones han de inferirse, por un lado, del estudio de las edades de la vida y, por otro lado, del concepto de "filosofía". El estudio de las edades, que puede empezar siendo una psicología de ellas, tiene su perfección en una filosofía de las mismas que forma parte de una filosofía del hombre, de una antropología del hombre, perfección también del estudio de éste. Las relaciones "subjetivas" entre las edades y la filosofía vienen así a ser parte de la relación "objetiva": las edades en cuanto sujetos de la filosofía, objeto de ésta, que todas pueden ser por igual, evidentemente. Pero las edades no sólo vienen a ser objeto de la filosofía —de las edades o en general del hombre. Son además objeto de la filosofía de la filosofía.⁵ De ésta es el objeto la filosofía misma. Las relaciones todas de la filosofía forman parte de este objeto. Aun quienes conciben la filosofía como algo en sí independientemente de toda realidad como pueda ser la humana en todas sus manifestaciones y modalidades, entre ellas las edades de la vida. En fin, antropología filosófica y filosofía de la filosofía tienen entre sí la mayor relación: llegan a la unidad. La filosofía de la filosofía ha de concebir a ésta a base de una teoría de la naturaleza humana. El tema "Juventud y filosofía" se revela un tema de la antropología filosófica y de la filosofía de la filosofía en su unidad. Ello basta para presentar como evidentemente fundada la im-

sibilidad de hacer en el resto de este artículo otra cosa que abocetar su tratamiento y apuntar las perspectivas de conclusiones que se descubren, insistiendo con el complejo método requerido: la Historia de la filosofía, la propia y la ajena experiencia, la "fenomenología" de las edades de la vida y de la filosofía.

¿Qué podrá ser la filosofía propia de cada edad de la vida? Desde luego su *Welt* —y *Lebensanschauung*. Hasta el niño tiene, como el primitivo y como el joven, el hombre maduro y el viejo, cultos, su mundo, su visión del mundo, si no su idea del mundo ni su visión de la vida. Es cierto que en la filosofía contemporánea se propone la rigurosa distinción entre *Weltanschauung* y filosofía, pero no lo es menos que la tradición de la filosofía misma, y no sólo del lenguaje vulgar, que sigue a la filosofía en este punto, es la unión de ambas, y que esta tradición no ha sido meramente infundada. Mas no sólo su *Welt* —y *Lebensanschauung* puede ser la filosofía propia de cada edad de la vida. Puede ser algo más, y quizá más propiamente filosofía, hasta en la edad pueril. Del niño es característico un preguntar al que las personas mayores no saben frecuentemente qué responder. Es que estas preguntas infantiles, unas versan sobre cosas que por su familiaridad o vulgaridad para las mayores no son para éstas objeto de ser enunciadas por ellas; otras, en una dirección opuesta, quieren remontar a verdaderos primeros principios de las cosas. En estas preguntas infantiles cabe ver antecedentes del filosofar en su más estricto sentido. En aquellas primeras, de la admiración origen de la filosofía según la ilustre tradición griega. Sea esta admiración una admiración insólita por las cosas vulgares, familiares, sea admiración por cosas raras o nuevas y que tales sean para el niño las familiares y vulgares para los mayores. Las cosas humanas más especiales tienen antecedentes en funciones más generales de la naturaleza humana, que por tales pueden encontrarse donde no pueden darse aquellas cosas, y así podrían encontrarse ya en la infancia. Pero en el presente caso no puede tratarse sino del sugerido antecedente. En la edad pueril no encaja filosofía alguna en sentido más riguroso. ¿Por qué? Porque la edad pueril se caracteriza por la parcialidad de su mundo o de su visión del mundo. Por eso cabe decir de ella con la mayor propiedad que "no tiene idea de la vida". Le falta la intuición de partes esenciales de la vida, porque en la vida infantil faltan en realidad estas partes mismas: a pesar de toda la sexualidad infantil, la vida sexual propia y plena y cuanto sobre ella monta, la propia y plena de las relaciones entre los sexos; a pesar de todo el impulso de poder y toda la voluntariedad típica de un periodo de la edad, toda la vida de las responsabilidades últi-

mas, de la autosustentación y suficiencia, la vida propia y plena del poder, la política, la profesión —la ausencia de toda filosofía más rigurosamente entendida en la edad pueril sugiere una explicación análoga. A la edad pueril tiene que faltarle la intuición del objeto de la filosofía, tiene que faltarle en realidad este mismo objeto: ¿cuál podría ser sino precisamente la totalidad de la realidad?...

Pubertad, adolescencia, aportan al mundo fragmentario, incompleto, del niño, su integración, su entereza rotunda. El misterio del sexo deja de serlo. Con el aprendizaje se inicia la profesión y hasta las ganancias. Se sale a la vida pública. El joven sabe ya *de todo*. Pero *no del todo*. Del joven todavía se puede decir con mucha propiedad que “no sabe lo que es la vida”. Es que se puede decir de él con toda propiedad lo que suele decirse: que “no tiene el sentido de la realidad”. Pero es porque no tiene todavía la realidad —más que en visión, no en realidad. El joven sabrá por experiencia de la vida sexual propia, pero no tiene edad todavía para saber de la vida plena que se monta sobre la sexual propia, por ejemplo, y ejemplos capitales, la pasión amorosa, el amor pasión, y la paternidad en su desarrollo acabado. Este desarrollo es fruto del convivir paso a paso la multiplicación y el crecimiento, la planificación de la vida de los hijos, y por eso no tiene su fin sino en la propia paternidad de éstos o en ser abuelo. El ser abuelo, esta vuelta de la vida sobre sí en que lo generado se hace generador en un ciclo mínimo de treinta años, es singular plenitud de vida, como enseña el tipo del patriarca, con los grandes saurios desaparecidos de la edad actual. En cuanto a la pasión —las pasiones requieren tiempo y tienen como consecuencia profundidad— en lo humano la profundidad es función de la duración necesaria para ahondar: un tiempo que la juventud no cuenta, una profundidad que por lo mismo no alcanza. La juventud no es la edad de las pasiones. Es la edad de las ilusiones. Se piensa más bien en los jóvenes, al hablar de la edad de las pasiones, y en las jóvenes, al hablar de la edad de las ilusiones, pero si las ilusiones fuesen más propias de las jóvenes, los jóvenes serían femeninos, y si las pasiones fuesen más propias de los varones, las mujeres no llegarían a ellas después que los hombres, sino como éstos, ellas también sólo en la edad madura —que la madurez sazone y también se pase antes en la mujer que en el hombre es otra cuestión. El joven no hace más que iniciar la vida profesional y en general pública y le faltan aún las más de las experiencias y toda la experiencia correspondiente. La juventud es la edad de las ideas y de los ideales. De estos correlativos “idealismo” y falta de saber de la realidad en realidad son deducibles muchos de sus

demás caracteres, si no todos. Muy en primer término, a lo que interesa aquí, ser la edad por excelencia de la *Welt* —y *Lebensanschauung*. No sólo en el sentido de ser la edad en que la visión del mundo y de la vida se completa, sino además en el de ser la edad en que se llega a “tener idea de la vida”, que es algo más que tener una visión, es tener una visión consciente e intencional, pero principalmente en el sentido de ser edad que más que las otras se complace en la visión e idea y se atiene a ellas con rigorismo teórico, no práctico, inconsciente en sí mismo e inconsciente de su inconsecuencia más congruente, incluyendo esta inconsciencia, con el “idealismo” y la falta de sentido de la realidad. La edad juvenil puede ser, pues, la edad por excelencia de la filosofía en la medida en que ésta es *visión total*, pero no *vida total*. La filosofía es vida en la abstracción: de la mayor parte, acaso, de la vida, en la visión total del mundo —basta decir aquí. El hombre que vive la vida en su concreción total no lo ve todo, o la concreción de su vida no es total por falta de esta visión; el filósofo lo ve todo, pero no lo vive todo y lo que falta a su vida para la concreción total es más que una visión, por totalitaria que sea ésta. Entre la estructura y dinámica de la edad juvenil y éstas de la filosofía hay una armonía —armonía es encaje, ajuste patente. Parejo “idealismo”, con la misma correlativa falta de responder últimamente por él en la realidad... Semejante mero rigor teórico. Abstracción en la visión, “ensimismamiento” —la juventud es edad de relativa introversión aun en el tipo relativamente extraviado— que da un aire de profundidad. Abstracción de la vida, “trascendencia” de la realidad en la idea, visión total, que a pesar de la abstracción de la vida, de la limitación de la vida, en cuanto conato de rebasar sus límites precisamente, dan la “ilusión” de la ilimitación.

La integración de la vida *en la realidad* es la madurez misma de la vida. A cambio de la pérdida de las ilusiones, el sentido de la realidad y las pasiones —porque el abominar de éstas es cosa de la vejez, de la propia o de la tomada a préstamo del prójimo, de la sobrevenida a su tiempo o de la prematura, prematura no sólo relativamente a su propia sazón, sino a la de la madurez misma: discípulos del estoicismo, jóvenes viejos. Entre la concreción de la vida madura y la abstracción filosófica hay la desarmonía correspondiente a la armonía existente entre la juventud y la filosofía. ¿No es esta doble relación la vista y afirmada ya por Calicles y readvertida y ratificada por Taine y por Bergson? La filosofía es la perdición de los hombres porque los deja ignorantes de todas las cosas humanas, que debe saber el hombre cabal y considerado. Calicles no deja de mencionar expresamente las pasiones incluso. En Taine, la pre-

ENRIQUE
JOSÉ
CIRCUNSTANCIAS
LUNA



disposición de la juventud para la filosofía estriba en no tener, o no tener plenamente aún, oficio ni casa propia, ni las preocupaciones propias de las realidades de la vida madura. De tal franquía es correlativa la posibilidad de “pensar”, de “prenderse de las ideas generales”, de esclavizarse al rigor lógico, de abstraerse en la verdad —o en el estudio de un objeto nuevo y hasta de una nueva ciencia. Lo que había que hacer era ensanchar y ahondar y sobre todo radicar en su lugar estos atisbos, pero esenciales.

Mas estos resultados parecen en contradicción con los hechos aducidos al comienzo. Si tal armonía y desarmonía hay entre juventud y madurez, respectivamente, y filosofía, ¿cómo no es cosa de la juventud, sino de la madurez y aun de la senectud, no ya la predisposición y la pasajera afición, sino la misma creación filosófica? Pero ¿no serán los aducidos hechos ambiguos y no ya susceptibles, sino menesterosos y reclamantes de determinada interpretación? Los hechos no son hechos del todo, reducidos a su apariencia superficial, sin su interpretación más acabada posible.

Cabría, ante todo, pensar que la creación filosófica fuese cosa de la juventud en el sentido de que el resto de la vida no haría más que desarrollar inspiraciones, ideas, vislumbres de ideas juveniles. Pero no parece realmente que en los dos segundos grupos hechos de los grandes filósofos, éstos se hallasen desde su vocación o poco después, ni aun dentro de los límites de la edad juvenil, en posesión ni siquiera de una vislumbre de idea característica de su auténtica creación filosófica. Además una tesis semejante podría extenderse a todas las vocaciones y profesiones. En forma tan vaga e imprecisa no cabe duda que las profesiones se limitan a desarrollar los pródromos vocacionales. Pero cabe pensar mejor otra cosa.

Si las vocaciones en general son igualmente propias de la juventud, no serían igualmente propias de esta edad todas las profesiones: en general, éstas serían más bien impropias de ella, propias sólo de la edad madura y proveya —tampoco de la vejez: la sabiduría de la vida misma en su curso pone el aprendizaje en la juventud, la plenitud del ejercicio en la edad madura y proveya, el retiro y la jubilación en la ancianidad. En general, las profesiones no se desarrollaban, meramente, por una singular inercia de la vida, cosas propias de la juventud, sino que el aprendizaje anticiparía adecuadamente, a saber, informal, no plenamente aún, cosas propias de la madurez. Pero en un caso en que la profesión desarrollase realmente algo peculiar de la edad juvenil, no parece posible sino que el desarrollo implicase una persistencia de la obra juvenil en las siguientes. La persistencia, la prolongación de una edad en

las siguientes parece un hecho, un fenómeno tan de la experiencia de todos como opuesta anticipación de una edad en las anteriores. Este último es el fenómeno de la precocidad, de lo prematuro, de los niños prodigios, del "niño que nace viejo"... El otro es el fenómeno de la "primavera en otoño", de las "rosas de otoño", trátase de cursilerías dramáticas españolas o de Goethe; también el fenómeno de las personas sin "sentido de las exigencias de la edad", como las maduras sin sentido de la realidad. Naturalmente, depende del concepto que de las edades, que de edad se tenga. Si una edad fuese exclusivamente un espacio de tiempo entre tantos y cuantos años de la vida, los fenómenos acabados de mencionar, en general el encabalgamiento de una edad sobre otra, serían puros contrasentidos. Pero la verdad es que el lenguaje vulgar y la sabiduría de que es expresión reconocen en tales fenómenos un sentido y en reconocer éste revelan tenerlo ellos mismos agudo. Luego una edad tiene que ser otra cosa. Si fuese la estructura y dinámica psico-física y espiritual simplemente más general y propia del espacio de tiempo entre determinados años de la vida, resultaría perfectamente comprensible el hecho de la presencia de unas edades en otras, esto es, de la estructura y dinámica de un espacio de tiempo de la vida en la mayoría de las personas, en otro espacio de tiempo en algunas personas. Un fenómeno del orden de los enunciados es lo que habría en el fondo de la idea de la filosofía de Bergson: "Mantenerse constantemente en la disposición de espíritu en que estáis en la Universidad." Pero ¿y Taine?, ¿y Calicles? ¿No afirma el uno la armonía entre juventud y filosofía con una menos expresa, pero no por ello menos efectiva afirmación correlativa de la desarmonía entre la filosofía y las edades siguientes? ¿No el otro tan expresamente como aquella armonía esta desarmonía? Sí, pero no por lo que se refiere al filósofo, sino al hombre corriente o al hombre "cabal y considerado". Todos vienen a afirmar lo mismo, sólo que Taine piensa en el adulto vulgar y Calicles habla del adulto perfecto, mientras que Bergson habla del adulto filósofo.

Resta la vejez. Caracteriza a esta edad una peculiar mixtura de acabamiento de la integración de la madurez y de desintegración. No todo es desintegración en la vejez. La experiencia de la vida llega en ella a su perfección, porque es menester haber dado la vuelta a las experiencias de la madurez, estar de vuelta de ellas. Y no se entienda precisamente el ser abuelo, porque quizá no sea *esencialmente* cosa de la vejez, puesto que "el hombre puede ser abuelo a los treinta años". Entiéndase más bien, por ejemplo, las pasiones. Mas la desintegración prepondera crecientemente, sobre todo en el caso de pasar por la decrepitud, hasta

la muerte. Y se produce la involución reconocida y expresada ya de varias maneras por la sabiduría popular. Hay en la vejez una segunda juventud que no es ninguna de las segundas juventudes de que se habla en muchos casos, una segunda juventud en la que quizá no se ha reparado. La desintegración hace la vida senil menos plena que la madura, como menos plena que ésta es ya la juvenil. Cesa, por ejemplo, la vida sexual. Cesa la vida profesional. En la ancianidad muy prolongada puede cesar incluso la vida familiar, porque el muy anciano vaya enterrando a sus descendientes, menos longevos que él. La vejez vuelve a ser edad de ideas más que de realidades. Pero las ideas de la vejez ya no son ideales ni ilusiones. Todo lo contrario. Y por eso no llega a una *identificación*, en todo rigor imposible, con la juventud. El "idealismo" de la juventud está orientado hacia el futuro: es expectativo. El de la vejez está orientado hacia el pretérito: es la edad de las memorias. Pero en este "idealismo" de la edad retorna la armonía con la filosofía. Y no a pesar de la oposición de las direcciones, sino justamente como dos marchas en direcciones opuestas sobre un círculo se encuentran en un punto, se llega a la plástica imagen, que resulta esencial y eterna, de la filosofía, perdida en un recodo del discurso de Calicles:

... un viejo cuchicheando en un rincón con tres o cuatro mozalbetes.

ESTRAMBOTE

Me dicen:

—Este artículo deja indeciso si la filosofía es cosa de una juventud prolongada o de una vejez prematura.

Respondo:

—No hay aquí tercio excluso: una vida sin madurez.

Notas

¹ Fragmentos 87-9. V. mi *Antología filosófica. La filosofía griega*, México, La Casa de España en México, 1941, pp. 91, 236 y 239. (*Antología de la filosofía griega*, 2a. ed., México, El Colegio de México, 1968).

² *Op. cit.*, pp. 101 ss. y 240.

³ V. mi artículo "Sobre el auditorio de la filosofía", *Universidad de La Habana*, 24-25 (may.-ago. 1939).

⁴ Las palabras de Calicles pueden leerse en J. Gaos y F. Larroyo, *Dos ideas de la filosofía*, México, La Casa de España en México, 1940, p. 13 ss.

⁵ Sobre esta "filosofía de la filosofía" puede el lector ver el volumen citado en la nota anterior y mi artículo "Sobre la filosofía de la filosofía", *Universidad de La Habana*, 26-27 (sept.-dic. 1939).

⁶ V. en el volumen citado en la nota 4, pp. 168 ss., el auto-trascenderse de la naturaleza humana por abstracción interna a sí misma.